



Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe  
[www.virgendeguadalupe.org.mx](http://www.virgendeguadalupe.org.mx)

Homilía pronunciada por **Mons. Salvador Martínez Ávila**, Vicario Episcopal de Guadalupe, Rector de la Basílica de Santa María de Guadalupe y Presidente del Cabildo, en el **I Domingo de Cuaresma**.

10 de marzo de 2019

Iniciamos hermanos y hermanas en el Señor, con este Domingo, las semanas del Tiempo de Cuaresma. En la lectura del evangelio se nos narran tres formas en que el enemigo, es decir el Diablo, intentó hacer que Jesús cayera en pecado. Analicemos cada una de las tentaciones para ponernos sobre aviso y así no caigamos, con la ayuda de Dios, tampoco nosotros.

La primera tentación tiene dos vertientes principales. La primera de ellas es engañarnos a propósito de la importancia y urgencia absoluta de satisfacer las necesidades materiales. Es verdad que Jesús había pasado varios días de ayuno penitente y tenía hambre. La lógica ajena al evangelio suele darle una importancia absoluta a lo que es solamente relativo, e introduce un desorden fundamental que desorienta la vida con respecto a su fin primordial. La misión primordial de la vida de Jesús no era satisfacer sus necesidades materiales, como tampoco es el sentido de nuestras vidas, vivir para producir comida y así vivir satisfechos, quedando en un círculo vicioso: "trabajar para comer, comer para trabajar".

La segunda vertiente de la primera tentación, está ligada al uso de las propias potencialidades. Jesús era capaz de realizar portentos, "haz que estas piedras se conviertan en pan...", le dice el tentador. Sugiere que Jesús orientara en primer lugar sus capacidades al propio provecho, y no al cumplimiento de la misión que el Padre le había encomendado. Hace unos años cuando se les preguntaba a los niños ¿Qué querían ser de grandes? Había una gran cantidad de respuestas, profesionistas, pero también el señor de la basura; quiero ser el que limpia los caños. La gran orientación era el bien de la sociedad. Ahora no parece ser así. No hay muchas respuestas de ese tipo. Más bien, a veces obtenemos respuestas de amasar grandes fortunas de dinero, de alcanzar gran fama pública, todos quieren ser cantantes. El Señor Jesús venció y nos enseña a vencer esta tentación, teniendo a Dios como origen de nuestra vida y no a las cosas materiales. El sentido de la vida no radica en comer. El designio de Dios, es decir, lo que sale de su boca, es fuente de sentido de la vida, más que los bienes materiales.

La segunda tentación es particularmente grave, porque pretende que Jesús adore al enemigo de Dios, al mismísimo Satanás, con tal de convertirse en el dueño de los reinos de este mundo. Si bien es verdad que muchos reinos de este mundo no están al servicio de sus ciudadanos, sino al servicio de los intereses mezquinos de unos cuantos, de ninguna manera quiere decir que pertenezcan al Maligno. Muy pocos

individuos se auto-poseen plenamente, mucho menos una sociedad se auto-posee a plenitud como para entregársele íntegramente al Demonio.

De hecho, la estrategia más común del tentador es engañarnos, haciéndonos ver como cierto lo que es falso. La segunda gran mentira de esta tentación es que el efecto de adorar al Maligno sea el dominio universal, El Señor pone las cosas en su lugar: al único al que hay que adorar es Dios, y solo Él es todopoderoso. En esta segunda tentación caemos más seguido de lo que pensamos, no tanto por una actitud religiosa abiertamente idolátrica, sino por el olvido del verdadero Dios.

Muchas personas olvidan su relación con Dios y vuelven la vida una serie de proyectos y retos egocéntricos. Con más frecuencia de la deseada o de la prevista, no salen las cosas como pensamos, como nos las proyectamos y entonces nos volvemos más agresivos. Hacemos de nuestras expectativas palabra de dios, es decir de mi "ego", y esa exigencia, empezando por mí, se la aplico a todos a mi alrededor. La mamá les aplica una expectativa a sus hijos, a su esposo, al mundo en el que vive y claro, el mundo no gira en torno al ego. Como, en realidad, no somos el verdadero Dios, sino una mala copia, somos vencidos y nos frustramos llegando no pocas veces a un aislamiento amargo y solitario.

La tercera tentación está relacionada con la visión de la vida como un espectáculo. Hacer cosas temerarias, vistosas, que me hagan famoso poniendo en riesgo mi propia vida. Es una gran tentación del presente también. La vida tiene límites naturales o normales, no ganamos nada con actitudes excéntricas. Un autor de la historia antigua decía que ponemos más empeño en que nos llamen dichosos, que en serlo realmente.

Iniciemos, pues hermanos esta cuaresma en una apertura profunda a la ayuda que Dios nos brinda para vencer al maligno y sus tentaciones.

¡Alabado sea Jesucristo!